

Luis Miguel Peromingo Corral. Socio de Cruz Roja



“Los santos inocentes... los haitianos”

“Al llegar a casa el martes 27 de diciembre de 2010, víspera de Los Santos Inocentes, entre la correspondencia encontré una carta de Cruz Roja Española. Incapaz de leerla en ese momento, tras doce horas al volante del taxi, la metí en la mochila para el día siguiente.

En el paréntesis del almuerzo la abrí. Me informaban de la tragedia de Haití, agradeciendo mi donación de 30€; explicaban el destino del dinero recaudado y la necesidad de proseguir con el proyecto durante los próximos seis años. Por último, me animaban a participar como socio permanente de Cruz Roja.

El tríptico que acompañaba a la carta detallaba las actuaciones que se estaban llevando a cabo en Haití. Era impactante; noté como se erizaba el vello de mis brazos.

El cupón admitía la opción de hacerse socio desde 5€ al mes. Me planteé esa posibilidad... pero rápidamente aparecieron los fantasmas de la crisis, los estudios de mi hija...etc. Mis conjeturas mentales quedaron en stand-by al saltar un servicio de emisora: ‘había que seguir currando’.

Por la tarde, un hombre con una maleta levantó el brazo para solicitar mi servicio. Iba al AVE. Al introducir el bulto en el maletero, vi el logo de Cruz Roja en uno de los laterales. Y volvieron a aflorar en mí las sensaciones experimentadas al coger la carta.

‘¡Qué coincidencia!’ –pensé– ‘Esto parece una señal’.

Le pregunté y me explicó que era cooperante técnico en potabilización de aguas y que justo había llegado de Haití: había estado un mes participando en acciones directas para combatir el brote de cólera que azotaba a la población.

Las emotivas sensaciones se intensificaron dentro de mí. Más que ‘una señal’, aquello parecía un ‘guiño del destino’: primero, la carta de Cruz Roja; luego, el cooperante de Cruz Roja, y para rematar, recién llegado de Haití.

Con insaciable curiosidad por conocer la situación real en Haití de la mano de un testigo en primera línea, le pregunté: ‘¿Y en qué ha consistido su labor personal?’. El hombre (cuyo nombre ignoro) comenzó a contarme sus vivencias:

'Mi trabajo consiste en dejar instaladas y operativas, plantas de potabilización de aguas para el uso cotidiano de la población. Aunque la aportación más importante es la de formar a los cooperantes de Cruz Roja Haitiana, para que adquieran la autonomía suficiente en la gestión de aguas, pudiendo así llevar a cabo por ellos mismos en el futuro todas las acciones necesarias a lo largo y ancho del territorio. Hemos actuado prioritariamente en Puerto Príncipe y su extrarradio, donde existe mayor concentración de población'.

Sus relatos estaban conmoviéndome crecientemente. A estas alturas, se había creado un clima de mutuo entendimiento y conexión difícil de explicar. Todo aquello era demasiada casualidad. Le enseñé la carta, comentándole que su objetivo era lograr más fondos para seguir desarrollando el proyecto en Haití.

'Ahora os toca a vosotros, si queréis ayudar, porque va hacer falta...' me contestó. Fue ese instante el punto de inflexión que me hizo saber que tocaba pasar a la acción ante el drama de Haití.

Ya en la Estación de Atocha, dio tiempo al último intercambio de impresiones. Y no puedo dejarme en el tintero un pequeño, pero gran matiz. Un comentario simple y escueto, pero tan intenso y profundo que me llegó directo al corazoncito con toda su crudeza y trascendencia. En un tono de admiración casi sobrehumana, a la vez que compasivo, el cooperante me dijo: 'Con todo lo que han pasado... ¡qué pacientes son los haitianos!'.

Se hizo un silencio. Ese sordo lapso de tiempo abrió una puerta en mi conciencia que se plasmó en un comentario que me salió instintivamente: 'Y aquí nos quejamos de la crisis. Parecemos señoritos contrariados porque nos cambiaron los zapatos de charol por sandalias de esparto...'

Al despedirnos, le tendí la mano y mirándole a los ojos le dije: 'Enhorabuena por el trabajo realizado, y por los resultados conseguidos'.

Era 28 de diciembre, pero esto no sonaba a inocentada...convergían demasiadas cosas en el mismo sitio, a la misma hora y en lo más hondo de mi ser: el día de Los Santos Inocentes... Los haitianos ... Santos y pacientes, desgraciados e inocentes.

Una semana después, me hice socio de Cruz Roja Española. No podía seguir de brazos cruzados. Mi casual encuentro con este cooperante anónimo me hizo cambiar el chip: EXISTE UN 'HORIZONTE SIN FRONTERAS' DONDE 'LO HUMANO' TE DEVUELVE LA PAZ INTERIOR..."

Cada vez más cerca de las personas



Humanidad

Imparcialidad

Neutralidad

Independencia

Voluntariado

Unidad

Universalidad